

dido, que sin respetar la santidad de nuestra casa, que despues de sus infamias, le concedia asilo y pan, se atreve á escribir cartas como esta? Miradla, ayer la llevaba la muchacha al correo y yo se la quité; leedla, y que os sirva de un desengaño mas; pero el último.

Adalberto sacó de su cartera un papel doblado; Rita le abrió, leyéndole en alta voz:

«Tiene V. razon, mi amigo y compañero; las filas de D. Carlos nos aguardan, allí encontraremos recompensados los servicios que á su causa hemos prestado en la corte; huyamos, pues; mi corazon rechaza todo vínculo en esta casa, que detesto, y en medio de esta familia de idiotas, solo espero recoger el dinero necesario para emprender la marcha. Aguárdeme V. mañana entre doce y una de la noche en el sitio convenido.

Suyo eterno aliado y compañero,

Maravillas.»

Rita, al concluir la lectura de tan cruel misiva, dejó caer las manos sobre la falda y la cabeza sobre el pecho en actitud de un abatimiento profundo. La infeliz recibia una herida terrible en lo mas sensible de su alma.

—Ahí tienes la sinceridad de sus protestas, le dijo su padre; en esa carta te dá una prueba magnífica de arrepentimiento.

—¡Infame!.... ¡ese hombre es un villano!.... exclamaron casi en coro los circunstantes.

—¡Bah!.... ¡bah!.... eso no es cosa nueva; ya lo sabía yo desde la primera que me hizo, dijo Adalberto cogiendo la carta, que Rita habia dejado caer.

—¡Oh! démele V., padre mio, dijo ella; ese papel debe destruirse.

—Al contrario, debe conservarse; es una prueba contra él, que nos viene divinamente por si se le antoja volver otra vez.

—¿Y á quién iba dirigido? preguntó Carmela.

—A Pedro Aliagas, en Madrid; este será un nombre supuesto, dijo Adalberto.

—Es claro, que encubrirá á otro perdido como él, contestó su

muger; en fin, gracias á Dios que nos libramos de sus malas artes; ojalá se pase con los facciosos, sus amigos, la vida entera, y no se le ocurra otra vez volver por acá á darnos tan malos ratos como los que hemos pasado.

—¡El Señor te oiga!... exclamó piadosamente Adalberto.

—¡Pero mis hijos se quedan sin padre!... repuso Rita sollozando aun.

—¿Y qué les importa, si nunca habia de darles honra ni provecho? dijo el anciano.

—Tienen á sus abuelos, Rita, añadió Ildemaro procurando consolarla, y tienen además en la condesa una protectora que hará felices á todos Vds., si es que la felicidad consiste en el bienestar y la riqueza.

—Es la base, hijo mio; la riqueza es el pié, sino el todo, de la dicha, contestó Adalberto.

—Permítame V. que rechace su opinion, exclamó Senen; la felicidad no estriba siempre en el interés.

—La juventud, que tiene la cabeza llena de ilusiones, no puede pensar como yo, á quien una dolorosa esperiencia de este mundo egoista ha hecho adquirir ideas, desconsoladoras quizá, pero no por eso menos ciertas.

—Creo que conmigo convendrán todos los que tengan corazon, dijo Senen con entusiasmo.

—¡Y bien! veamos, ¿en qué consiste para tí la felicidad?

—Para mí la felicidad consiste en el amor.

—Corriente; ahora dime: ¿tú crees que el amor se fija en la miseria? ¿Te parece que una elegante y perfumada dama irá á enamorarse de un jóven cubierto de andrajos?

—Tomando las cosas bajo ese punto de vista, tiene V. razon; pero no dejará de concederme que para el jóven andrajoso, el amor de la dama elegante sería la felicidad; luego el interés no es por regla general base de la dicha; lo será para unos, como para otros el amor, segun el modo de pensar de cada uno.

—Eso es cuestion de apreciaciones, dijo Ildemaro, tomando par-

te en la conversacion; y si no, que nos diga Rita con qué sería feliz.

—Conque mi marido se tornára un santo, exclamó vivamente la jóven, enjugando las lágrimas que aun corrian por sus mejillas.

—¿Y tú, Tránsito? prosiguió Ildemaro, que queria á toda costa sacar partido de la conversacion, haciendo que renaciese en aquella familia la tranquilidad ordinaria, alterada por la infame conducta de Maravillas.

—¡Oh! yo sería feliz con que mis padres lo fuesen, dijo la jóven demostrando con tan delicado rasgo los buenos sentimientos de su alma.

—Entonces las dos seriais felices alcanzando un imposible, y ya veis que no puede ser.

—Luego para nosotras no estriba la felicidad en el interés, añadió Tránsito.

—Estriba en el amor, en los buenos sentimientos; y hé aquí probado, señor D. Adalberto, el triunfo de mi opinion sobre la suya.

—No me conformo, no me conformo, repetia el viejo con tenacidad.

—¡Está V. vencido! no hay mas que hablar, exclamaron riendo los dos jóvenes; ni caben semejantes ideas en un alma tan noble como la suya.

—¡Ah, picarones!.... quereis adularme, decia Adalberto riendo.

—Lo que deseamos, es que aquí se restablezca la paz y la quietud, para dejar á Vds.; puesto que ya hemos tenido el gusto de saludarles.

—Estamos perfectamente tranquilos; ya podeis ir descuidados; habiendo desaparecido el alma de la discordia, queda en esta casa la mas apacible calma; desde que él vino, no hemos tenido un dia bueno; pero en adelante, te prometo desquitarme.

—¿Y de qué modo, esposo mio? dijo Carmela.

—Muy sencillo: no permitiendo que haya en torno mio lágrimas ni tristezas.

—Eso es inevitable; cada uno tiene que sentir sus penas.

—Delante de mí no lo consiento.

—¿Entonces nos condenas á un fingimiento profundo? no podemos menos de llorar la desgracia de esa pobre hija estraviada, así como Rita llorará la de su marido.

—¿De quién hablas?... ¿de Cristina?... si todo se lo ha merecido..... ¿á qué sentirlo?

—¡Tendríamos en este caso corazón de piedra! ¡qué cosas tienes, hombre!.... vaya, ¡déjanos en paz!....

Carmela enjugó las lágrimas que el recuerdo de su hija hizo asomar á sus ojos; Adalberto se encogió de hombros, y todos se levantaron para despedir á los jóvenes, que haciéndoseles demasiado tarde, querían ver á las niñas antes de que se acostasen.

En aquel momento el reloj de la iglesia dió las diez.



CAPITULO XXIII.



Las gemelas.



MIENTRAS que en casa de Adalberto tenia lugar la escena que acabamos de referir, otra de no menos interés ocurría en el jardín de la casa de curacion.

Las interesantes gemelas Silvia y Renata habian pasado toda la tarde paseando en el campo, acompañadas del doctor negro. No creyendo éste que hubiese para ellas peligro alguno, accedió sin esfuerzo á su pretension de salir á distraerse por primera vez desde que estaba en la colonia; sin embargo, atendiendo á la especial recomendacion de Alejandrina, no quiso fiarse de nadie y las acompañó él mismo.

Empero no bastó esta precaucion; el peligro se cernia sobre la cabeza de las inocentes niñas y tenia que llegar á herirlas; misteriosa fatalidad que al propio tiempo que un dolor, las proporcionaria un bien inmenso, el colmo de un beneficio inestimable.

Mas no anticipemos los sucesos.

Durante el paseo un hombre al parecer ordinario, vestido con el tosco traje que usan los gallegos, las siguió á lo léjos, no perdió de vista ninguno de sus movimientos, y cuando volvieron á la casa de curacion, volvió tambien tras su huella, situándose en sitio conveniente hasta que las vió entrar. Entonces fué acercándose; pero sintió el ruido de un coche que salia de la cochera y fué á situarse á la puerta; poco despues apareció el doctor, y montando en la carretela, dió al cocheró la órden de dirigirse á Madrid. Tan preocupado iba el doctor, que ni siquiera reparó en el fingido gallego que, escondido detrás de un árbol, le acechaba con ojos de tigre.

Poco despues el carruaje desapareció tras la última casa de la colonia, y el mendigo gallego en quien nuestros lectores habrán reconocido á fray Severo, se acercó á la casa de curacion y tirando fuertemente de la campanilla que avisaba la llegada de un enfermo, se dejó caer en tierra acometido de un accidente.

Acudieron en seguida los criados, y compadeciéndose del pobre anciano, le trasladaron á una de las habitaciones bajas mas próximas al jardin, prodigándole toda clase de auxilios, á los que no fué insensible el pobre viejo, pues recobró pronto el conocimiento y rogó le dejasen descansar algunas horas.

Los criados y las hermanas de la Caridad, despues de darle algunos medicamentos y de asegurarse que estaba bien, accedieron á su deseo. Apenas se vió libre de importunos testigos, se lanzó con precipitacion de la cama y abalanzándose á la reja, examinando con fiera ansiedad todo el jardin hasta que á través de los árboles distinguió á las bulliciosas niñas, que reian y jugaban alrededor del pabellon.

Anocheció por completo y las vió entrar en el saloncito, que se iluminó con el vivo resplandor de varias bujias; á través de las entreabiertas ventanas vió las esbeltas y graciosas figuras de las dos niñas, y la de otra persona cuyas facciones no pudo distinguir.

El pérfido viejo, pegado á los hierros de la reja, aguardó con terrible ansiedad hasta que el reloj de la iglesia dió las diez con lentas y sonoras campanadas. Entonces que el movimiento habia

cesado en el pabellon, y comprendió estarian las niñas acostadas, empuñó con rabioso coraje un afilado puñal que llevaba escondido entre la faja y salió al jardin con sigiloso paso y evitando ser visto, dirigiéndose con toda clase de precauciones á la habitacion de las pobres huérfanas.

Adelantémonos y veamos lo que hacen, en tanto que el malvado acecha la ocasion de hundir el puñal en su inocente pecho.

Rosa-Pálida, que desde el último dia que la vimos habia adelantado mucho en su curacion, las servia con la tierna y dulce solitud de una madre.

Cuando volvieron de paseo, como si su alma generosa presintiese un peligro, las aguardó visiblemente alarmada; apenas entraron, corrió á ellas abrazándolas llena de gozo y como dudando que hubiesen vuelto.

Las llevó al pabellon, las quitó los sombreros, los guantes y las botas, calzando sus diminutos piés con otras mas ligeras. Luego las sirvió un refresco, y dándolas un cariñoso beso en la frente, bajó con ellas al jardin, se sentó en un banco, contemplándolas con inefable delicia mientras corrian y saltaban al rededor de las fuentes.

Aquella admirable muger estaba cambiada por completo, habia recobrado casi todas sus facultades; faltábala únicamente el habla, que suplía con admiracion su espresiva mímica. Su memoria estaba tambien desarrollada, recordaba todas las cosas inmediatas, solo que en los acontecimientos de larga fecha se perdía su imaginacion como entre un piélago de nubes. Hacía esfuerzos inauditos para penetrar aquella densa bruma, mas los rayos de su inteligencia, largo tiempo entumecida, no tenían el suficiente vigor para traspasar el pasado. Necesitaba que aquel velo se rasgase para conocer con claridad su vida entera, y para ello hacía falta un incidente que la despertara de tan fatal letargo, conmoviéndola por medio de una fuerte y poderosa impresion.

El cariño que sentia por las niñas era un delirio, una idolatría, todo la asustaba, imaginando peligros en los acontecimientos mas sencillos, hasta las ráfagas del viento parecíanla que las ofendian;

así fué que apenas empezaron las hojas de los árboles á oscilar con demasiada violencia, movidas por una fuerte brisa del Norte, las hizo entrar en el pabellon, temerosa de que tomasen un constipado.

Aquella tiernísima solicitud, aquel solícito cuidado era admirable en una muger que poco antes pasaba por idiota, y efectivamente demostraban su rostro y sus acciones una marcada imbecilidad.

Era una pobre planta que languidecia por falta de un benéfico rocío que, devolviéndola su lozanía y su brillo, la hiciese otra vez ocupar su lugar entre las mas bellas del invernadero.

Silvia y Renata, sentadas delante de una pequeña mesita, cenaron en perfecta calma, sirviéndoles ella la cena y previniendo sus menores deseos con una fuerza de adivinacion asombrosa.

—Hoy no hemos visto á nuestro hermano, exclamó Renata.

—Has visto, Rosa-Pálida, ¡qué picaron! ¡no ha venido!....

—¡Ingrato! ¡pasar un dia en blanco sin vernos!.... añadió Silvia.

Rosa-Pálida movió la cabeza y unió las manos sobre la falda con significativa espresion, como diciendo:

—Teneis razon: nos ha olvidado; pero ¡qué le hemos de hacer! sin duda tiene muchas ocupaciones.

—Tiita Guillermina tampoco se acuerda de visitarnos; nos deja solas en esta soledad, que si no fuera tan bella y no te tuviéramos á tí, nos pareceria insoportable, dijo Renata.

—Es que la felicidad, hermana mia, hace egoista el corazon humano; tiita Guillermina es tan dichosa al ver su amor correspondido por el conde, que nada tiene de estraño no piense en nosotras, hallándose todas sus facultades absortas en ese gran acontecimiento de su vida.

Silvia no pudo contener un suspiro que se escapó de su pecho al pronunciar estas palabras, suspiro que á la perspicaz observacion de Rosa-Pálida no pasó desapercibido, si bien no comprendió el motivo que le arrancaba de tan inocente corazon.

—Casi tenemos que agradecer mas á esa espléndida señora que se ha dignado visitarnos varias veces, informándose de nuestra sa-

lud continuamente, recomendándonos á todos cuantos están á sus órdenes y procurando por nuestros intereses con una solicitud casi maternal.

—¿Hablas de la condesa? dijo Silvia.

—Sí, de la que antes era Blanca la Estranjera; pero que despojada ya esa incógnita, aparece como Alejandrina, marquesa de Blancarosa y condesa de Paraná; si bien este último título, que pertenecía á su madre, es el que adopta con preferencia.

—Es verdad; yo te confieso, querida hermana, que siento por esa señora una especie de adoracion, que bien pudiera llamarse un culto. ¡Qué grande, qué magnánima se presentó la noche que en el baile arrancó la máscara á los miserables que, asesinando á su padre, la habian usurpado su nombre y su título!.... Fué un rasgo magnífico, irles presentando su vida entera, decirles: «¿veis? me habeis ultrajado, dejándome huérfana, sola en el mundo, errante, sin amparo ni abrigo, y sin embargo, os perdono, idos!....» Y ellos se fueron, salieron del palacio sin que nadie se opusiera á su paso, sin que les dijeran una sola palabra.

—Eso demuestra que la condesa es una muger superior, que posee un alma sublime, una grandeza de sentimientos que no tiene igual en la tierra.

—Sin necesidad de semejante rasgo, nos está probando el temple de su corazon con infinidad de obras benéficas que lleva á cabo diariamente. Y sino, dígalo Rosa-Pálida, que es una elocuentísima prueba de su bondad; ¿no es verdad, querida, tienes mucho que agradecer á la condesa?

La pobre idiota alzó las manos y los ojos al cielo con una expresion de inefable agradecimiento, que conmovia dulcemente; de sus ojos se desprendieron dos lágrimas, brillantes y cristalinas, que arrancaba de su alma purísima y hermosa un sentimiento divino, el de la santa gratitud.

—¡Oh! ¡qué bello papel desempeña en el mundo!.... dijo Silvia; ¡qué digno empleo les dá á sus riquezas, enjugando lágrimas y derramando en torno suyo la felicidad y el regocijo!.... Debe ser muy feliz, ¿no es verdad, hermana mia? Ver que su vida se desli-

za entre aplausos, flores y sonrisas, debe ser una cosa deliciosa, encantadora!....

—Tienes razon, será el colmo de la dicha; la condesa no llorará jamás, ni sentirá una sombra de tristeza.

Esto pensaban las inocentes niñas, juzgando por las apariencias; ¡cuánto se engañaban! ¡Ay! la pobre Alejandrina, en medio de aquel mar de glorias y de placeres, sufría un dolor indefinido, profundo; llevaba siempre un dardo clavado en el corazón.

¡Incomprensibles misterios de la vida humana! A cada paso se encuentran reunidos los contrastes de risa y llanto, alegría y dolor, felicidad y desgracia.... ¡Es el bien y el mal que marchan juntos por la escabrosa senda de la vida!....

Las hermosas huérfanitas de Alvarez Leal terminaron su cena, y sonriendo como dos ángeles en el regazo maternal, abrazaron con tiernísimo cariño á Rosa-Pálida, retirándose despues á su dormitorio.

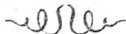
Era este una pieza no muy grande; pero bastante desahogada para contener dos camas, blancas y perfumadas, casi envueltas en preciosísimas nubes de muselina y encajes, que formaban pabellones recogidos con lazos de raso azul.

En el intermedio de los dos lechos había un sillón que Rosa-Pálida en su exagerado celo por el cuidado de las niñas, eligió por lecho, no consintiendo acostarse en otra parte por mas que se lo rogaron.

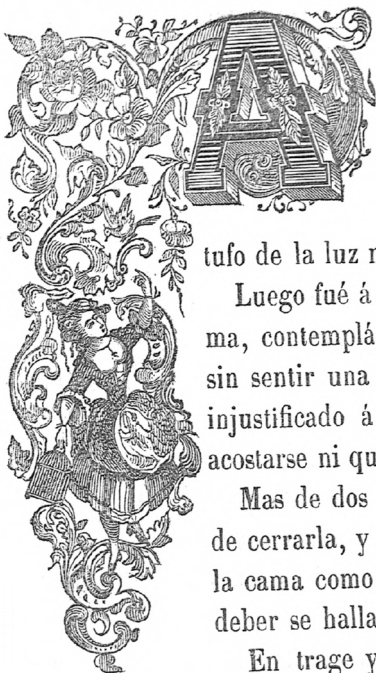
Las niñas con pura y devota piedad tenían colgada á la cabecera de su cama una pililla de agua bendita y un santo Cristo de marfil; conservando la piadosa costumbre que Guillermina hizo adquirir á Silvia, de arrodillarse todas las noches antes de acostarse á rezar sus oraciones de costumbre.

No la olvidaron la noche que su inocente cabeza se veía amenazada de un gran peligro, acostándose despues de tan saludable práctica y quedándose dormidas al momento con la dulce tranquilidad del justo, que no sintiendo la maldad en su pecho, no la comprende en los demás, ni siente vagar en su imaginación sombras funestas, ni horribles presentimientos que alteren su reposado sueño.

CAPITULO XXIV.



Doña Lucía Lopez.



si que las niñas estuvieron dormidas, Rosa-Pálida cerró la puerta del pabellon, arregló los muebles de la estancia y dejó un poco entreabierta la ventana para que el tufo de la luz no las ofendiese.

Luego fué á sentarse á la cabecera de la cama, contemplándolas con dulce emocion; pero no sin sentir una inquietud estraña, un desasosiego injustificado á su parecer, que no la dejaba ni acostarse ni quedarse en pié.

Mas de dos veces fué á la ventana con ánimo de cerrarla, y siempre volvió á situarse al pié de la cama como si su sitio fuera aquel, como si su deber se hallase consignado en aquel sitio.

En trage ya de noche, tenia puesta una bata negra, sin ajustar á la cintura y que caia en flotantes pliegues hasta el suelo.

Su delgadez, á pesar de que habia mejorado notablemente, era estrema, su palidez diáfana, y el brillo de sus grandes ojos, sombrío y melancólico.

Tenia el cabello tendido por la espalda, lo que contribuía con el aspecto general de su figura á darla una semejanza fantástica, á que mas bien pareciese una sombra que una muger.

Un reloj de torre empezó á dar las diez; una tras otra contó las campanadas, que cual un eco fatídico resonaron en el fondo de su corazón.

En seguida, vuelta de espaldas á la ventana, se arrodilló delante del crucifijo y por primera vez desde su estraña enagenacion recordó y recitó mentalmente una plegaria.

Esto la impidió sentir un pequeño ruido que hizo la persiana al abrirse, y ver como un hombre armado de un puñal saltó dentro de la estancia avanzando con sigiloso paso hácia la alcoba.

Rosa-Pálida vió la sombra, se levantó, retrocediendo dos pasos con el terror pintado en sus facciones. Su situacion era angustiosa, no podia salir, estaba entre las dos camas, y al pié de ellas el asesino con el puñal levantado y la mirada fija con espanto en aquella muger que, revestida de una cruel desesperacion, parecia un espectro escapado de la tumba.

El momento de la prueba habia llegado; Rosa-Pálida comprendia que las niñas iban á morir, y ella no podia defenderlas, ni llamar en su auxilio porque tenia cerrado el paso, y al mas pequeño movimiento hubiera caído la primera bajo los golpes del asesino.

¡Qué terrible ansiedad! ¡Su horror era infinito, su agitacion estremada!....

Allí, en medio de las dos niñas, que dormian tranquilas, alzabase arrogante, lanzando chispas por los ojos y moviéndose su seno á impulsos de repetidas y continuas palpitaciones.

Ella no veia que el asesino, léjos de avanzar en su intento, retrocedia espantado; figurábase ya verle clavando el puñal en el inocente pecho de las huérfanas; y no viendo salvacion posible, en medio de aquella lucha espantosa de su alma, el velo que ofuscaba su inteligencia se descorrió de repente, recordó todo su pasado, conoció al asesino, y recobrando el habla y todas sus facultades, gritó con una voz enronquecida que la emocion hacía temblar:

—¡Asesino!.... ¡Tú eres fray Severo!....

—¡Fatalidad!... exclamó él dejando caer el puñal y retrocediendo con asombro.

Las niñas se habían despertado asustadas y abrazándose á Rosa-Pálida, que quería defenderlas con su cuerpo; formaban un grupo encantador.

El miedo las impedía hablar, mientras que aquel mismo miedo permitió á la que había estado muda quince años, lanzar al viento el torrente de su poderosa y sonora voz.

—¿Qué mal te han hecho estas infelices para que quieras asesinarlas? exclamó Rosa-Pálida, apoderándose con viveza del puñal, que fué á caer á sus piés.

—¡Perdóname!... ¡no creí que tenían á su madre por defensora!... Yo ignoraba que doña Lucía Lopez volvería del otro mundo á proteger á las gemelas que dejó recién nacidas.

—¡Mis gemelas!... ¿conque son mis hijas?... ¡ah! bien me lo decía el corazón.

—¿Qué es esto?... ¿quién es V.? ¿quién es esa señora? dijo con impetuosidad Senen, que momentos antes había saltado con Ildemaro por la ventana, viendo que la puerta del pabellon estaba cerrada.

—Esa señora es la sombra de una muger que hoy no existe, á quien yo mismo vestí el sudario que lleva y coloqué en el ataúd, para que fuese depositada en el cementerio al lado de su esposo D. Juan Alvarez Leal.

Fray Benigno dijo estas palabras con acento lúgubre y como respondiendo mas bien á su propio pensamiento.

—¡Oh! ¡qué fortuna! ¿conque es nuestra madre?... exclamaron á un tiempo los tres hermanos abrazándola y cubriendo su pálido y marchito rostro de lágrimas y de besos.

—¡Hijos míos!... ¡hijos queridos!... ¡Oh! ¡qué felicidad! exclamaba la buena madre escuchando con placer el eco de su voz y contemplándolos con un gozo inefable.

Fray Severo contemplaba aquel cuadro estupefacto, y se creía víctima de un sueño fantástico, mas bien que testigo de una escena real.

—¡Pero es posible!.... ¡Dios mio!.... ¡es posible que esto suceda en el mundo!.... murmuraba el impío invocando el nombre de Dios y alzando los ojos al cielo, como si una voz superior se alzase en el fondo de su conciencia.

Semejantes frases las pronunciaban sus labios quizá por primera vez, desde la época fatal en que, lanzándose por la carrera del crimen, dejó que sus malos instintos se desbordasen hasta cometer toda clase de tropelías.

—¿Pero está V. seguro de lo que dice?... le preguntó Ildemaro viendo que la madre y los hijos solo cuidaban de acariciarse, entregándose con un ardor sin medida á la efusion de un sentimiento de ternura que embargaba sus almas.

—¿Que si estoy seguro?... ¿Le parece á V. que á no ser ella, ninguna persona humana hubiera detenido mi brazo?....

—¡Calla..... Ildemaro! exclamó Senen; ¿no ves cómo á tu pregunta responden alborozados nuestros corazones? ¡esta es nuestra madre!.... sí; esta infeliz que, embotadas todas sus facultades al verse entre cien cadáveres, hoy las recobra para decirnos, aquí te neis á vuestra madre, abrazadla!.... y el jóven, loco de alegría, volvía una vez y otra á estrecharla contra su corazon, ó mas bien, á estrechar á las tres, porque se habian enlazado y no era fácil separarlas.

El doctor Alonso, que llegaba de Madrid, se presentó en aquel momento á presenciar tan interesante escena y á gozar con el triunfo de su curacion.

—¡Oh, amigo mio!.... venga V., venga V., exclamó Senen apenas le vió; su enferma, la pobre idiota que arrancó V. del cementerio, acaba de recobrar el habla y con ella sus facultades y su nombre!.... Ya no se llama Rosa-Pálida, se llama doña Lucía Lopez, viuda de D. Juan Alvarez Leal.

—Conque ¿no es un sueño?... ¿esa muger existe?... ¡y yo la he creido una aparicion!.... murmuraba fray Severo, que, confundido, sin conciencia de su situacion, hubiera querido encontrarse cien palmos bajo la tierra.

Rosa-Pálida exclamó adelantándose con visible emocion:

—¡Sí, doctor!.... ¡ya hablo!.... ya recuerdo todo mi pasado.... y ya, gracias á Dios, puedo manifestar á V. la inmensa gratitud que siento, que me han inspirado sus bondades y los muchos beneficios que debo á su ciencia y á la generosidad de la señora condesa.

—¿Qué milagro ha sido este?.... dijo el doctor mirando con asombro aquel prodigio y contemplando atónitos á unos y á otros, sin reconocer á fray Severo, que vestía, como ya hemos dicho, un traje de gallego y que tenía además cubierta la cara con las manos.

—Nadie lo sabe mejor que yo; escúcheme V., escuchadme, hijos míos, dijo Rosa-Pálida cercándose otra vez á la cama y cubriendo á las niñas, que cogiéndola de las manos, no querían separarse de ella.

—Veamos, señora, veamos qué ha pasado aquí, dijo el doctor esperando con ansiedad la esplicacion del misterio.

Todos la rodearon, menos fray Severo, que permaneció apartado y que pudo escapar en aquel momento, pero no lo intentó siquiera.

Rosa-Pálida, respirando con dificultad, porque tanta agitacion empezaba á fatigarla, exclamó:

—Esta noche, sin saber por qué, una oracion aprendida en la infancia, hubo de recordar mi mente; dejéme llevar de un sentimiento invencible, y me puse de rodillas aquí delante de este crucifijo. Las niñas dormían sin asomo del peligro que las amenazaba, cuando ví cruzar una sombra; me levanto y ví el brazo de un asesino armado de un puñal, que iba á clavar en el indefenso pecho de estos ángeles, que estaban confiados á mi custodia. ¡Oh! en tan supremo instante, la desesperacion me dió una fuerza inmensa, recordé todo mi pasado al reconocer en el asesino á uno de los amigos de mi esposo, y recobrando la facultad de hablar, grité para detenerle con mi voz y para pedir socorro.

Rosa-Pálida, quebrantada de fatiga, se calló, sentándose al borde de la cama, donde se habian refugiado las dos niñas.

El doctor se volvió á mirar á fray Severo y dijo:

—¡Hola!.... ¡conque, un asesino en mi casa! ¿y quién es?....

Veámosle; se dirigió á él, haciéndole levantarse por una fuerte presion en el brazo.

—¡Yo soy!.... puede V. entregarme á la justicia, dijo fray Severo, pálido, consternado y con el mas angustioso dolor pintado en su semblante.

—¡Infame!.... ¡sí que te entregaré para que pagues tus crímenes en la horca!.... dijo con indignacion el doctor; conque, ¿no contento con usurpar á esos infelices niños sus bienes, aun quieres arrancarles la inocente vida? vamos, responde, ¿qué idea te llevabas?... ¿La de que no te persiguieran?... ¿no es eso? Mira, te has llevado un gran chasco, porque tu causa y todas las pruebas que la condesa de Paraná te quitó en tu mismo gabinete, están ya en poder de la autoridad.

—¡Oh! ¡la condesa de Paraná!.... otra sombra que como esta ha venido tambien á confundirme, dijo fray Severo estremeciéndose.

—No vayas á creer en apariciones; ni esta ni aquella son sombras.

—Esto ya lo sé; pero la otra.....

—La otra es Alejandrina, disfrazada de un modo tan perfecto, que se parece á su madre.

—¿Y cómo entró en mi cuarto?....

—Estando en combinacion con Marciana y abriendo una puerta detrás del cuadro de la Virgen.

—Ahora la comprendo; pero de todos modos alabo el poder de Dios, que tales prodigios obra. ¡Ea!.... llevadme cuanto antes, quiero morir!....

Su acento de íntima conviccion, de sentimiento profundo, conmovió á los circunstantes, que le miraron con asombro.

—¡Anhelas trabar conocimiento con el verdugo!.... ¿no sabes que tu destino es el cadalso? le dijo el doctor.

—Porque lo sé, lo deseo; llevadme pronto.

—Vamos, pues; ya era tiempo de que cayeses en sus garras y pagases todas tus maldades.

Iban á salir, cuándo les detuvo el grito de las niñas, el de Senen

y el de Rosa-Pálida, que exclamaron á un tiempo, impulsados por un mismo generoso sentimiento:

—¡Perdon, doctor!.... ¡perdon para ese infeliz!....

—¡Qué decís!.... ¿perdonarle?.... ¡imposible!....

—¡Amigo doctor!.... exclamó Silvia con entusiasmo: ¿no ha perdonado la condesa á los asesinos de su padre? ¿cómo no hemos de perdonar nosotros al que nos devuelve una madre tan tierna y tan amante?....

—¡Almas generosas!.... ¡yo soy el que debe pedir os perdon por tantas ofensas!.... exclamó fray Severo cayendo de rodillas y dejando correr de sus ojos dos lágrimas, las primeras que habia derramado en su vida y las que, brotando de su corazon, le regeneraban, preparándole á una purificacion milagrosa por medio del arrepentimiento y la penitencia.

—Sí; ¡pobrecillo!.... le perdonamos; se ha dejado llevar de un mal pensamiento, pero se arrepiente y merece nuestra compasion, dijo Silvia.

—Hé aquí mi mano; yo tambien con mi madre y mis hermanas te perdono, dijo Senen con voz solemne alargándole la mano.

—Estoy absorto..... confundido..... yo no soy digno de que se me perdone..... señor doctor, entrégue me V. á la autoridad..... ¡Oh!.... vamos..... vamos.....

—Yo, ¡jamás!.... Respeto la voluntad de sus víctimas; está V. libre; pero salga inmediatamente de aquí; pronto, antes que los criados se enteren y no me sea posible salvarle.

Aquel hombre que habia encanecido en la carrera del crimen, sintió que los sollozos le ahogaban y tuvo necesidad de salir con precipitacion, sin poder despedirse ni articular una sola palabra.

Llegó al campo y se dejó caer al pié de un árbol. La luna, apareciendo entre un grupo de nubes, inundó con sus blancos y suavisimos rayos la triste figura del infeliz D. Severo, que lloraba con un desconsuelo profundo.

¡Ay! aquellas lágrimas eran las del arrepentimiento, que habian por fin ablandado un corazon de roca.

CUARTA PARTE.

CAPÍTULO I.

Golpe inesperado.



UESTROS amabilísimos lectores recordarán que Clodomiro se marchó al campo con doña Irene y Atilana, ignorando todos los acontecimientos que ocurrieron en el seno de su familia, y no solamente ignoraba la dispersion de toda ella y su total ruina, sino hasta los lazos de fraternidad que le unían con Ildemaro.

La última impresion que de este amable joven le quedó, fué poco favorable; le consideraba como enemigo, que habiéndose introducido furtivamente en el aposento de Tránsito con siniestros fines, puso en alarma á toda la familia y dió margen á que la limpia y acrisolada honra de su hermana padeciese, empezando á correr su aventura en boca de criados y haciéndose de ella mil comentarios.

Ahora bien; hizo la casualidad que cuando, procedente de Cienpuzuelos, entró en Madrid, lo primero que se encontró fué á Ildemaro.

maro, que acompañado del conde, cruzaba la calle de Alcalá, muellemente arrellanado en su carruaje.

Clodomiro iba con un amigo, á quien iba diciendo:

—¡Oh! ¡qué feliz casualidad nos reúne! tengo que contarte muchas cosas.....

—Sí ¿eh? pues vé diciendo, porque estoy ansioso de novedades; desde que te marchaste sin saber cómo ni á dónde, dejándonos con tu ausencia, desconsolados y tristes, nos aburrimos soberanamente todos los compañeros, y yo el primero.

—Pues, chico: de igual enfermedad adolezco; sin vosotros me desespero; he pasado unos días insufribles; y eso que he tenido á mi lado un pimpollo fragante y hechicero; pero acompañado siempre de un áspero y horrible cardo.

—La espina y la flor, dijo riendo el jóven.

—Justo; pero ¡qué espina!.... me vengo aburrido, sofocado.... me gusta la niña, es preciosa; y sin embargo, renuncio á ella y á su dulcísimo amor, con tal de no ver á mi lado la cócora de la vieja cotorra con mas peluca y mas postizos que un figurin de sastre.

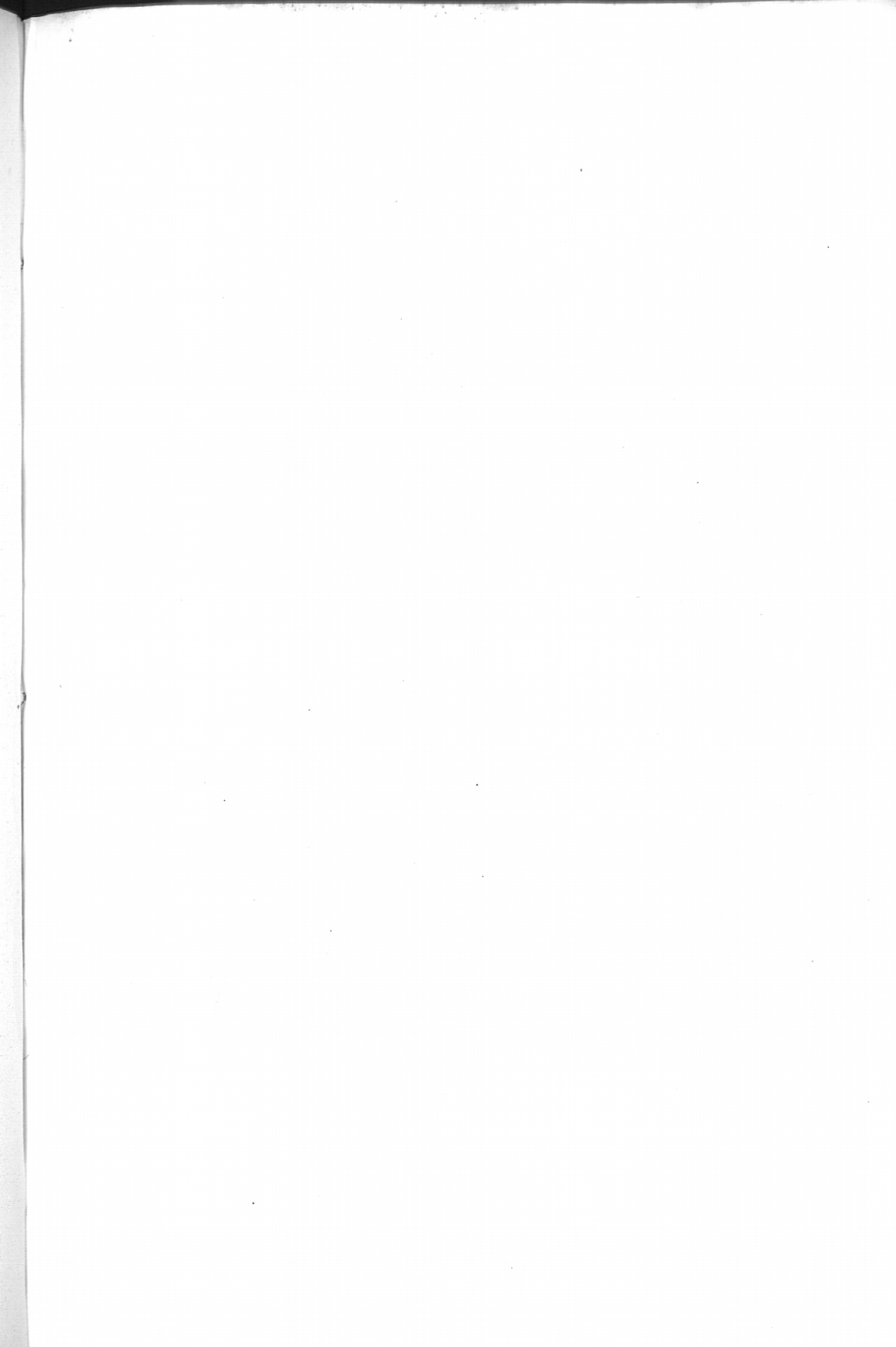
—¿Y reúne la niña á su belleza algun capitalito? preguntó con cierta malicia el jóven.

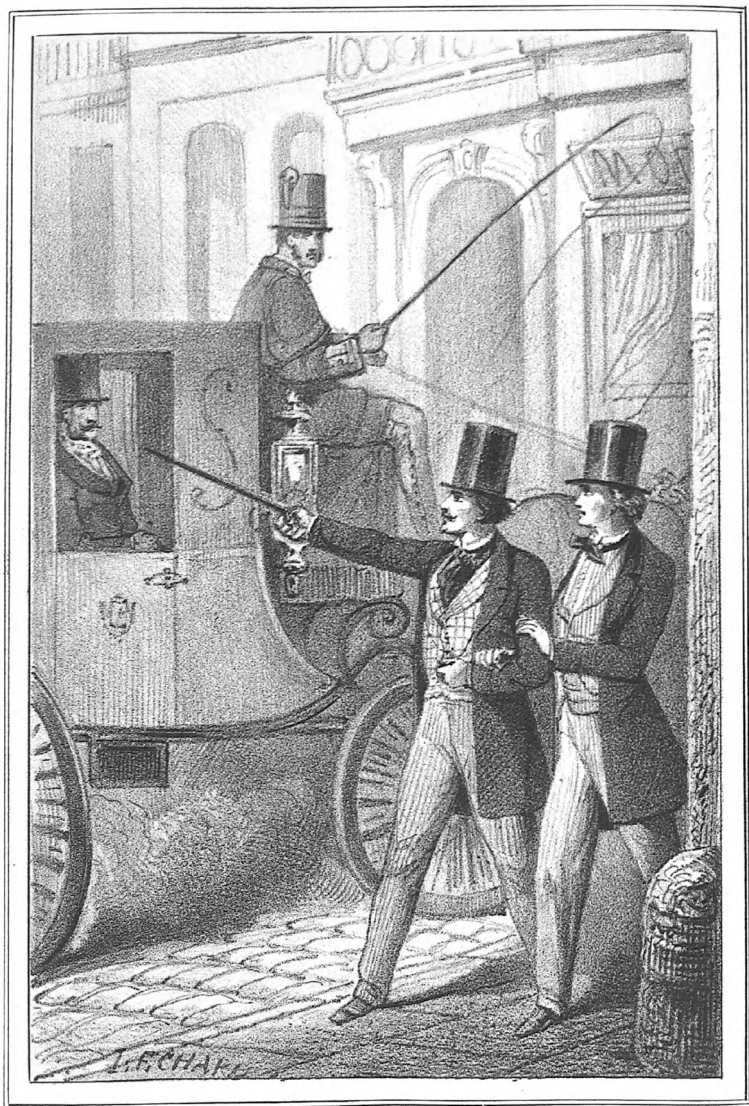
—¡Pich!.... una friolera; diez mil duros en metálico..... casa y no sé qué mas; no he cuidado de enterarme, porque para el primogénito de un marqués, eso es pecata minuta.

—Tienes razon: para tí no es nada; cédemela; yo estoy mas tronado que arpa vieja; quisiera casarme y no me vendrian mal los diez mil y el pico.

—Corriente; así me dejarán libre la retirada si tú las entretienes; las he prometido volver; mas entre mí juré que sería las espaldas; conque puedes ir en mi nombre á contarles lo que quieras, te autorizo para todo.....

Clodomiro se interrumpió por examinar con atencion á dos caballeros que venian dentro de un coche; de pronto enarboló el baston, y rechinando los dientes, exclamó con ira:





Lit. Laballe, C. Monserrate. 3.

¡Déjame matarle!... es el seductor de mi hermana.